

Mi querido Orugario:

No puedo decir que me alegro de haber recibido tu última carta. La zozobra que expresas en ella me parece, a decir verdad, de lo más ridículo. Ya se ve que mientras que el viejo Balabapo siga al frente de la Academia de Entrenamiento, se nos escurrirán muchas almas por el camino, por no saber afrontar casos tan elementales como el que planteas a propósito de tu nuevo paciente. Solo una mala formación en las artes de lo Retorcido y una flagrante falta de experiencia pueden expresar tu disgusto ante el hecho de su vinculación a ese grupo religioso. Nunca has sido demasiado brillante, pero tu torpeza en este asunto me deja verdaderamente boquiabierto. Deberías saber que, con la estrategia adecuada, tales instituciones pueden sernos de gran ayuda en nuestra preciosa labor de desesperación de las almas. ¡Y, además, no de cualesquiera almas! Sino de almas bellas, puras, generosas: en resumen, de aquellas que más le satisface engullir a Nuestro Padre de las Profundidades. Eso sí, te concedo que hay que proceder poco a poco, con sumo sigilo, como llevándolas por un plano inclinado. Un error de cálculo, y tu paciente puede dar un giro radical: nunca están los hombres tan cerca, a la vez, del Abismo y de lo que el Enemigo llama “Gloria” que cuando pertenecen a uno de estos grupos. No obstante, si sigues al pie de la letra las siguientes directrices, tienes el éxito casi asegurado.

1. Lo primero y principal es que lo hagas desconfiar de su propio juicio y, más aún, de su propia naturaleza. No sé la edad exacta de tu paciente, pero me alegraría que fuese aún menor de edad. Nada más seguro para arruinar el juicio de una persona que inocularle ciertas ideas en la adolescencia, cuando todo es inseguro y se buscan referencias claras. Sea como fuere, convéncele cuanto antes de que el Enemigo habla directamente a través de los superiores, directores o catequistas: esto es esencial para arruinar la comunicación personal entre Él y tu paciente. Si el Enemigo le susurra, pongamos por caso, A, habrás de coordinarte muy bien con el demonio a cargo de su superior, para que le sugiera B. En el peor de los casos, esto le generará un conflicto. En el mejor, conseguiremos que piense que está mal hecho, y que los deseos más profundos de su corazón son contrarios a Su Voluntad. ¡Cuántas almas hemos perdido de este modo, amargándolas ya en la tierra! Has de saber que el Enemigo diseñó a los humanos de modo que nunca pueden realmente dejar de buscarlo. Muchos lo buscan donde no está. Por eso, a los que lo buscan donde *sí* está, debemos persuadirlos, a la menor oportunidad, de que realmente *no* lo buscan, sino de que se buscan a sí mismos. Basta con que los directores contradigan sus juicios de modo sistemático, y siempre en el nombre del Enemigo. Es una técnica infalible. Si tu paciente se resistiese -ten en cuenta de que esas almas que se entregan suelen ser tenaces- deberás aliarte de nuevo con el demonio encargado de su director, para que este le diga alguna de esas frases célebres que tanto abundan en estos grupos: *el que obedece nunca se equivoca, sé dócil, crucifica tu razón* o algo similar. La desazón y el sentimiento de inferioridad que generan estas técnicas en el paciente son necesarios para nuestro propósito.
2. Tienes que conseguir transformar su fe en una “causa”. No es tan difícil como parece y, a menudo, los fundadores de estas realidades nos han hecho un gran favor. Ya te hablé en una ocasión de lo beneficioso que sería dividir la Iglesia en facciones. Pues bien, con estos grupos estamos cerca de conseguir ese objetivo. El método es simple: convéncele de que la visión del cristianismo que propone el fundador es *el*

único enfoque correcto o, cuanto menos, el mejor. Naturalmente, no se lo puedes sugerir de un modo tan directo, porque lo perderías. Se trata de hacérselo creer de un modo más sutil. Por ejemplo, es fundamental que le impidas darse cuenta de que en su grupo se habla del fundador con mucha más frecuencia que del Enemigo o, que, si se habla del Enemigo, es solo a través de las palabras del fundador. Evita que conozca otras realidades eclesiales. Es más: suscita en él el sentimiento de que todas las demás comunidades, parroquias, etc. no están a la misma altura, y tienen una visión menos acertada del cristianismo. Fomenta en él una profunda soberbia a propósito de su grupo, conviértelo en forofo, en fanático. Todo debe girar en torno al grupo y sus reuniones. Despójale del resto de su vida. Genérale un vacío no a propósito del Enemigo -no habría mayor error de concepto, pues sabes bien que es imposible- sino a propósito de esa obra concreta supuestamente en favor de Él. En esta confusión de términos reside nuestro éxito.

3. Otro error igualmente importante, que le debes inocular a toda costa, consiste en convencerlo de que el fin *sí* justifica los medios. *Cualquier* medio. Aprovecha desde ahora mismo cualquier ocasión para fomentar este desorden, sobre todo si percibes que tu paciente apunta maneras de director/catequista/superior. Convéncele de que, en favor de la institución, todo está permitido. De que cualquier tipo de manipulación, culpabilización o abuso que pueda sufrir o generar en otros obedece a un bien mayor, al bien de la “causa”. Sobra decir que este modo de proceder, fabulosamente coercitivo, es el preferido de Nuestro Padre de las Profundidades. El Enemigo se empeñó desde el comienzo de su creación en que esos despreciables híbridos de alma y cuerpo lo amasen libremente. Pero nosotros sabemos que no hay nada tan detestable como la libertad, y debemos arrebatarla a nuestros pacientes a toda costa, sin escatimar esfuerzos. Así, por ejemplo, si en algún momento tu paciente sintiese la opresión de ver su conciencia y su vida atrapadas en el férreo esquema que suelen tener estas realidades -¡ah! ¡Qué placer las normas y las reglas!- recuérdale que cuando entró decidió, libremente, dejar de ser libre. Que ya no lo es, que su libertad no le pertenece a él, sino al grupo. Que aquella decisión de vincularse es más irrevocable aún que las decisiones de vida que sellan algunos Sacramentos. Como solo se puede amar desde la libertad, en el momento en que renuncie a ella estará predestinado a la más deliciosa de las amarguras.
4. Consigue que mantenga en secreto, al menos, determinadas informaciones relativas a su movimiento. En los casos más extremos que he conocido, el secretismo se extiende a todo lo que allí se vive: si tu paciente está atado a este tipo de arcanos, tanto mejor. Una vez más, la estrategia es tan sencilla como hacer justo lo contrario de lo propone el Enemigo. Él habita en la luz, nosotros en la oscuridad. Él ama la sabiduría, nosotros, la ignorancia. Él no tiene nada que ocultar, a nosotros nos gusta evitar que la verdad se abra paso. El secretismo, en este caso, no solo conseguirá aislar a tu paciente cada vez más *en* su comunidad -que se volverá progresivamente más endogámica- sino que, además, evitará que lleguen a oídos de Roma muchas prácticas que, de conocerse, serían fulminantemente sancionadas. Como ves, este punto protege todos los anteriores. Mientras que las pocas almas completamente consagradas al Enemigo de entre todas las que trabajan tras los muros del Vaticano no se enteren de lo que sucede, podremos seguir sembrando la confusión a manos llenas.
5. Como resumen de todo lo dicho, deberás hacer cualquier esfuerzo que esté en tu mano para convencer a tu paciente de que es, en esencia, malo, y de que solo su

pertenencia a la institución conseguirá salvarlo. No cometas la ingenuidad de pensar que, por tratarse de un postulado tan radicalmente opuesto al *modus operandi* del Enemigo, no te hará caso. Antes al contrario. Recuerda que nuestra arma más eficaz -ya usada por Nuestro Padre con Adán y Eva- fue siempre tomar una verdad y retorcerla. Es cierto que ninguna de esas abominables criaturas humanas se sostendría por un segundo en el camino del bien sin la ayuda del Enemigo. Déjale que crea esto, pero llévalo al extremo, haciéndole obviar algunas cuestiones esenciales. No focalices su atención en esa ayuda -a la que Sus teólogos dieron el detestable nombre de "Gracia"- sino en su mal, en su pecado, y en su nada. Hazle creer que la Gracia, aquello que le sostiene en sus sacrificios por amor al Enemigo, no es gratis, sino que, precisamente, se le ha de comprar al Enemigo en base a grandes sacrificios por amor a la "causa". De este modo, conseguirás agotar sus fuerzas más pronto que tarde. No pocas veces, este celo exacerbado por las obras en favor del Enemigo -repito: nunca por el Enemigo mismo- conseguirá destruir del todo su autoestima, y sumirlo en alguna clase de depresión, *burnout* o similar. Si, aun en esa situación, consigues que no abandone el grupo, lograrás dejarlo tan solo a un paso de la desesperación. Para su permanencia en la institución, debería bastar toda la manipulación de conciencia a la que espero que sea sometido, o bien el vacío evidente que dejaría en su vida la ausencia del grupo al que habrá consagrado todas sus energías. En algunos casos, el dinero cedido a la comunidad bastará para hacerle desistir de la idea, ya que, afortunadamente, en contra de toda justicia, no se le restituirá ni un céntimo de lo que haya aportado a lo largo de los años. Si todo eso no bastase, algunas autoridades de la más profunda Bajojerarquía han desarrollado técnicas de control a través de fármacos, que, en virtud del *todo vale* arriba apuntado, han sido aplicadas con éxito en no pocos casos. Basta con que el psiquiatra sea del grupo, para que el paciente crea que esas pastillas, destinadas a evitar su huida, vienen directamente del Enemigo. La premisa, como apuntaba al comienzo de esta directriz, es que piense que el problema está en él, y no en la institución. De ahí la radical importancia de este punto. No obstante, si detectas que comienza a percatarse de que problema *podría* estar en la institución, y que está decidido a abandonarla, solo necesitarás un sutil movimiento para alejarlo del Enemigo de modo permanente. La táctica es fácil: ya que lo has ido acostumbrando a identificar al grupo con el Enemigo, hazle creer que el abuso y la manipulación nunca vinieron del grupo, sino del Enemigo mismo. Si atacas en el momento preciso, conseguirás arrebatarle la fe. Si no logras quitarle la fe, por lo menos le quitarás las ganas.

6. Una última recomendación, que no afecta tanto a tu paciente como a ti mismo: disfruta del proceso. No hay mayor satisfacción para un diablo que ver el retorcimiento de un alma pura, aun a ese lado de la muerte. Regodéate en el modo en el que unas almas, en nombre del Enemigo, dominan y engullen a otras, como es del gusto de Nuestro Padre. Y si alguna vez tu paciente pensase que acaso tal modo de proceder colisiona de lleno contra el Segundo Mandamiento, ponle delante una tentación contra el Sexto, concéntralo en ella, y habrás ganado la batalla. No obstante, es una situación extraña, que se ha dado solo en poquísimos casos.

Confío en que, a pesar de tu habitual inutilidad, estos consejos te sirvan para destruir en el alma de tu paciente todo rastro de esos tres venenos llamados Fe, Esperanza y Caridad. Ve

informándome de tus progresos: es evidente que aún no se te puede dejar solo, y que sigues necesitando de mi guía en las técnicas de la Oscuridad.

Tu cariñoso tío,

Escrutopo